

LA RSE EN EL ECUADOR: UNA VISION RETROSPECTIVA Y UNA MIRADA AL FUTURO

Es muy grato tener esta oportunidad de dirigirme a tan distinguida audiencia para compartir con ustedes algunas ideas, informaciones y reflexiones sobre este formidable concepto de la Responsabilidad Social, en el contexto de una reunión hemisférica que sin duda convoca a lo más destacado del liderazgo cívico y empresarial de nuestra región. No me parece casual que este noveno encuentro se lo lleve a cabo, en esta hermosa ciudad, patrimonio de la humanidad, capital de un Ecuador, que vive un proceso de profundas transformaciones dirigidas a lograr el buen vivir de sus habitantes.

Siempre me ha parecido que la oportunidad que ofrece abrir las puertas de la casa de uno para dar la bienvenida a amigos de otros países, crea la enorme posibilidad de estimular el intercambio de experiencias, de promover el aprendizaje, de mirarse en los demás para evaluar la eficacia de los propios caminos que se recorren. Esa es la mejor manera de evitar caer en la tentación de mirar el mundo desde los estrechos espacios de la pequeña parroquia y abrir la mente para conocer más sobre los fenómenos de la globalización y la pos-modernidad.

Se me ha pedido que haga una corta presentación sobre el camino recorrido por la RSE en nuestro país y que señale algunos de los principales desafíos que deberá enfrentar. Quizá la única circunstancia que me califica para atender lo solicitado es la de haber estado, junto con otras personas, desde los inicios en la gestación de un movimiento que hoy día francamente goza de buena salud.

Permítanme entonces contarles esa partecita de la historia.

Han transcurrido 15 años desde que nos decidimos por conocer más fondo sobre un concepto que se desarrollaba en otros países de la región y del mundo, la posibilidad de visitar otras experiencias y de constatar como los sectores empresariales y académicos de esos países, actuando conjuntamente con los gobiernos nacionales y locales habían decidido intervenir de una manera profesional y con enfoque de desarrollo en la solución de los problemas de la pobreza y la inequidad.

Desde la Fundación Esquel, y contando con la generosidad de la cooperación de fundaciones como Mott, Kellogg, Interamericana, el Synergos Institute, emprendimos un estudio a nivel nacional en el pudimos indagar sobre percepciones, concepciones y prácticas de lo que llamáramos de manera ostentosa la Responsabilidad Social en el Ecuador o de manera más prudente “ el

compromiso de ciudadanos, empresas y ONGs por el desarrollo". Los resultados fueron realmente interesantes, reflejaban la existencia de gentes y organizaciones altruistas unas, pragmáticas otras que a través de distintas maneras expresaban su solidaridad por el otro y la corresponsabilidad para aportar a las soluciones; reconociendo las diversas culturas que coexisten en el país y por lo tanto las diversas formas de concebir y actuar en sus relacionamientos sociales. Pudimos identificar tres vertientes principales: una, de tradición andina y popular en la que involucrarse en los problemas de otro es parte de la construcción de una identidad colectiva como etnia, comunidad, barrio. La minga es quizá el mejor ejemplo de esta práctica solidaria, practicada especialmente en la sierra ecuatoriana. Otra, de tradición católica que tenía un enfoque de asistencia social a los pobres y desamparados para ofrecer servicios y velar por derechos de personas y sectores en territorios donde no llegaba el Estado; es quizá, ejemplo de esta vertiente la notable y antigua historia de la Junta de Beneficencia de Guayaquil creada allá por 1888. Una tercera, de carácter más ideológico-político que consideraba a la ayuda como una forma de liberación y justicia social, la cual era promovida por algunas ONGs, comunidades eclesiósticas de base y algunos sindicatos.

La conclusión fue que la solidaridad en el Ecuador se expresaba de maneras diversas: pobres que ayudan a otros pobres, gentes con recursos que daban caridad y otros, orientados a promover transformaciones sociales.

En cuanto a las prácticas de las empresas investigadas, se detectó que el 95 % de ellas "donaba" a individuos, a ongs, a la Iglesia, que muchas de ellas se focalizaban en un sector o problema: niños de la calle, ancianatos, etc

De este modo la Responsabilidad Social en el Ecuador nace practica como un acto de solidaridad de empresas para concurrir en apoyo de sectores necesitados.

Otro dato interesante es que recién en los años 90 empiezan a crearse fundaciones empresariales con el propósito de lograr una mayor racionalización y eficiencia en el uso de los recursos que se donaban, tener más control sobre ellos y, en ese esfuerzo, obtener legitimidad social.

Este estudio fue el que sirvió de base para organizar una Conferencia Internacional sobre Responsabilidad y Ciudadanía en Guayaquil en Junio de 1997, en la que participaron muchos de los líderes empresariales y cívicos ecuatorianos y muchos otros de los países de la región. Fue un espacio para cargar las pilas, retomar energía, hacer benchmarking con los empresas de los países vecinos, comprender que la RSE no es solo donar, aprehender que en realidad la RSE además de toma de conciencia respecto de las consecuencias de las acciones u omisiones de la empresa, es una herramienta, una estrategia para poner en práctica un modelo de gestión que permita poner en marcha negocios eficientes, que precautelen y promuevan los derechos de sus trabajadores, proveedores,

consumidores y que respeten el entorno social y ambiental en el que llevan a cabo sus actividades.

Este fue, entonces, un primer momento de toma de conciencia, de saber más sobre nosotros mismos, de ponernos en contacto con otros, de conocer sobre nuevos modelos y formas de organización, de aprender de CEMEFI de México, de ETHOS y GIFE de Brasil, de Perú 2021, de Acción RSE de Chile, entre otros.

Pero claro, sucedió lo que felizmente tuvo que suceder: individuos y organizaciones que entraron en contacto entre sí, que se contagiaron con ese movimiento ascendente que cobraba fuerza en nuestra región y el mundo, que tuvieron capacidad de persuadir a sus juntas de accionistas y altas gerencias para innovar y transformarse en empresas responsables, que había que vivir en la competencia pero que también había que convivir en la cooperación para aprender juntos, para impulsar el desarrollo de un sector y de unas prácticas que hoy en día son un requisito para entrar en los mercados internacionales y contar con las licencias sociales y ambientales para operar en los mercados locales.

Fue así como nació CERES, el Consorcio Ecuatoriano para la Responsabilidad Social, entidad creada por un grupo de empresas, ONGS y Universidades que tuvieron claro de que no sería posible construir una sociedad democrática, moderna y solidaria sin la participación de empresas que asumieran que lo suyo no termina haciendo negocios rentables, sino proyectando ese esfuerzo al ámbito mayor de participar en la construcción de esa sociedad sustentable económica, social y ambiental.

El trabajo impulsado por CERES ha permitido que la RSE no solo penetre en el flujo sanguíneo de individuos y en las culturas organizacionales de empresas líderes; ha permitido además generar modelos, sistemas de trabajo, indicadores, metodologías de auto-diagnóstico en RSE, asesorías, conexiones internacionales y alianzas locales y sinergias entre sectores que hasta hace poco se veían, exclusivamente, como competidores. Quiero felicitar a los directivos de CERES y a sus funcionarios por los avances formidables, reflejados en el simple hecho que hoy, en menos de una década de vida jurídica, son la contraparte local de este evento internacional y fuente de conocimientos, modelos y relaciones, y ojalá que inspiración para que este proceso continúe. La lista de las empresas y organizaciones que expondrán sobre sus casos y experiencias es un buen indicador del dinamismo de este sector.

Pero también el movimiento ecuatoriano por la RSE se nutre de otras fuentes: varias universidades ofrecen dentro de sus mallas curriculares, diplomados, cursos de especialización, talleres; llevan a cabo investigaciones, tesis de grado, irrumpen en alianzas con empresas para ofrecer sus servicios de asesoría en esta temática. Cada vez aparecen nuevas empresas consultoras y ONGs que ofrecen

servicios especializados. Hay varios gobiernos locales que premian las buenas prácticas de RSE, como es el caso del Gobierno de Pichincha o la creación de un Concejo Metropolitano de Responsabilidad Social mediante ordenanza del Municipio de Quito para promover la RSE, o el Gobierno Nacional, a través del Ministerio Coordinador de la producción empleo y competitividad al lanzar los sellos de calidad “Hace Bien-Hace mejor” para las empresas que cumplan con las cuatro éticas del Estado: con la comunidad, con el medio ambiente, con los trabajadores y con el Estado; o la adscripción a iniciativas internacionales como es el Pacto Global de las Naciones Unidas por parte de varias organizaciones ecuatorianas.

Y ese fue el segundo momento del decurrir histórico de la RSE en Ecuador.

El momento actual, es un tiempo de desafíos en un contexto internacional de profunda crisis en la mayoría de los países hegemónicos y de irrupción vibrante de las economías emergentes. Es también un tiempo de profundas transformaciones en nuestra región y especialmente en nuestro país. Los viejos modelos institucionales de política pública, leyes y estilos de liderazgo, han sido modificados de manera profunda. El viejo país está siendo rediseñado con las mejores intenciones y herramientas que buscan incorporar de manera democrática las aspiraciones ciudadanas; nuevos temas y desafíos se han incorporado de manera explícita en la agenda nacional; el país está mejor equipado que en otras épocas, cuentas con recursos, mayores mercados, una gran presencia de la institucionalidad pública y de las inversiones estatales y, un sector privado que ha crecido de mano de la ampliación de los mercados locales y de las demandas de los países emergentes. Pero también es un tiempo de profundos desafíos para el fortalecimiento de nuestra democracia, en el cual todos los actores sociales, empresariales, políticos y ciudadanos en general debemos participar en la preservación y cumplimiento de los derechos ciudadanos contemplados en la Constitución de Montecristi.

Ya para cerrar esta presentación, quiero finalmente referirme a desafíos y oportunidades concretas que deberá enfrentar nuestro sector.

En primer lugar, la consolidación y efectividad del movimiento RSE pasa por la posibilidad de iniciar de manera agresiva programas de difusión y contagio a muchas otras empresas que todavía están ancladas en las prácticas del capitalismo salvaje y depredador lo cual tiene profundas implicaciones negativas en los postulados para construir la sociedad sustentable y con buen vivir. Especial atención debe darse a las miles de medianas y pequeñas empresas que constituyen la mayoría del sector empresarial nacional. La RSE no puede ser solamente un sello de las organizaciones grandes, modernas y conectas a los circuitos internacionales.

En segundo lugar, hace falta difundir más sobre los conceptos y prácticas de la RSE, no solo como valor, sino también como asuntos concretos que pueden hacerse en cada uno de los espacios en los que convivimos: la oficina, la escuela, el parque, el barrio, la tienda, etc. Debemos contar este relato a más gente, convencerles de que sí se puede construir entre todos una mejor sociedad, en los pequeños ámbitos en los que convivimos con los demás. Creo que el gran aliado para lograr este propósito son las nuevas tecnologías y las redes sociales, son las nuevas plazas donde se encuentra la gente para conversar, para inventar y reinventarse, para cabrearse y reclamar y proponer.

En tercer lugar, la empresa debe liderar el diseño e implementación de nuevos modelos de negocios a nivel local que permitan articulaciones virtuosas y generadoras de valor a lo largo de las cadenas productivas, en las puedan concretarse los negocios inclusivos, propiciando que las pequeñas empresas o iniciativas populares puedan ser parte de los negocios mayores, pero no desde el enfoque de la dádiva, sino desde la de proveedores de bienes y servicios de calidad certificada.

Y, finalmente, me parece que es claro para todos que no podemos, de ninguna manera, circunscribir la agenda de trabajo a los temas exclusivamente nacionales. En la sociedad global que vivimos muchos de los desafíos vienen o se generan en la cada vez mayor interacción que nuestra sociedad tienen con fenómenos y procesos que están fuera de nuestras fronteras y que ameritan respuestas concertadas en las que debiéramos participar, también de manera responsable, la mayor parte de actores tanto público como privados. Temas como la inseguridad, el deterioro ambiental, la trata y tráfico de personas, la presencia del crimen organizado, son temas que tienen enorme gravitación en nuestras actividades cotidianas, ya sea como gobierno, familia o empresa y son tan graves que ninguna acción aislada podrá tener éxito de hacerse sin la participación de los demás.

Y es a propósito de esta última reflexión que quiero, finalmente, referirme al debate sobre la pertinencia de contar con políticas públicas de RSE.

Existe la noción universalmente aceptada que la Responsabilidad Social Empresarial (RSE) es una práctica **voluntaria** de las empresas para intervenir en ámbitos públicos que van más allá de la esfera de sus propios negocios; si eso es así, vale la pena preguntarse si es pertinente hablar de políticas públicas de RSE, y si es que los gobiernos o la institucionalidad y normativas públicas debieran tener algún papel que jugar en el tema. ?

La posibilidad de construir sociedades democráticas, que aseguren la plena vigencia y aplicación efectiva de los derechos humanos, en toda su amplia dimensión y definición, pasa por la capacidad que una sociedad tenga para

organizar sistemas que aseguren la participación de todos o la mayor parte de los ciudadanos, de las empresas y del gobierno. Ese es el modelo que mejor garantiza la gobernabilidad democrática y que ofrece mejores soluciones a diversos problemas complejos. Actuando entre todos es probable que resolvamos mejor las cosas o que al menos estemos conscientes que el problema es de todos y que cada uno ha hecho lo que le corresponde.

Las organizaciones internacionales de alguna manera están creando referentes y normativas que en buena medida cumplen el papel de las políticas públicas; por ejemplo, las disposiciones de la OECD respecto de las empresas multinacionales, el Pacto Global, la nueva convención internacional que está creando la norma ISO 26.000 sobre responsabilidad social, o las normas de certificación social o ambiental a las que voluntariamente adhieren las empresas interesadas en entrar en ciertos mercados.

Volvamos entonces a la pregunta central: ¿es pertinente definir políticas públicas de RSE reconociendo por un lado su carácter voluntario y por otro su alto impacto en la sociedad?.

Mi opinión es que sí, definitivamente sí, señalemos algunas razones:

- Si el desarrollo es un proceso de corresponsabilidad de varios actores, la RSE no puede quedar por fuera de las políticas públicas.
- La RSE hay que entenderla en términos de interdependencia, siempre interactúa con actores diversos, por lo que es menester que la política pública ayude a trazar la cancha de esas interrelaciones.
- Si la RSE es importante y necesaria para favorecer la creación de bienes públicos, es deber de la política pública promover su desarrollo a través de incentivos o normativas que apoyen su planificación, coordinación y su eficiente aplicación.
- Si nos interesa tener empresas competitivas, transparentes, que cumplen con la ley, que informan al público de sus resultados, que promueven el desarrollo de sus recursos humanos, que practiquen el buen gobierno empresarial, que no utilicen las RSE como fachada para prácticas impropias, es importante que la política pública promueva la RSE.

El desafío es a través de la política pública de RSE estimular prácticas empresariales y modelos de interrelación entre varios actores que favorezcan el desarrollo sostenible de la sociedad; no se trata de que las empresas dejen de ser empresas o hagan cosas que nos les corresponde, lo que se busca es actuar de manera inteligente y democrática para usar de la mejor manera recursos escasos en favor de las causas del desarrollo nacional.

Muchas gracias

Quito, 21 de Mayo del 2012